

Brasil. Adiós al neoliberalismo, bienvenida la globalización

Barbara Fritz

Barbara Fritz: economista e investigadora del Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín.

Palabras clave: plan Real, elecciones, Fernando Henrique Cardoso, Brasil.

Nada de tiempos difíciles para Brasil. Con un 10% anual en 1996, la inflación alcanzó su nivel más bajo de las últimas tres décadas y media, la economía creció, las inversiones directas fluyen, hasta los pobres y los paupérrimos se volvieron más ricos: si eso no es un próspero *emerging market*... Por añadidura, parece como si la continuidad de la actual política estuviera garantizada hasta el próximo siglo desde que el presidente Fernando Henrique Cardoso, siguiendo el ejemplo de otros colegas de la región, conquistó su derecho a la reelección. Sin embargo, desde el tequilazo, la caída de la moneda mexicana a principios de 1995, muchos se han vuelto más cautelosos a la hora de vitorear los promisorios datos económicos en América Latina: y todos los que conocen Brasil saben que, como dicen, o *buraco é mais em baixo*. Los problemas están más abajo.

El efecto tequila

En la actualidad, en Argentina el ciclo de depresión y entusiasmo es mucho más marcado que en Brasil. Ciertamente que en 1993 también en Brasil el ánimo general estaba en su punto más bajo, y el país al borde de la hiperinflación, antes de que Cardoso entrara en funciones como ministro de Finanzas y «salvador de la Patria». Sin embargo, la conjunción de una abrupta caída de la tasa de inflación y un boom del consumo, debido al plan Real, que le aseguró las elecciones presidenciales de octubre de 1994 a Cardoso, restableció absolutamente la autoestima brasileña¹. El gobierno de FHC, como se menciona con frecuencia y un tanto cariñosamente al presidente, pudo prosperar desde el inicio de su gestión a comienzos de 1995 sacándole provecho político a la estabilización. Cardoso alcanzó un estatus de cuasi heroico y de santidad: venció al dragón de la inflación y liberó el país de sus largas tribulaciones.

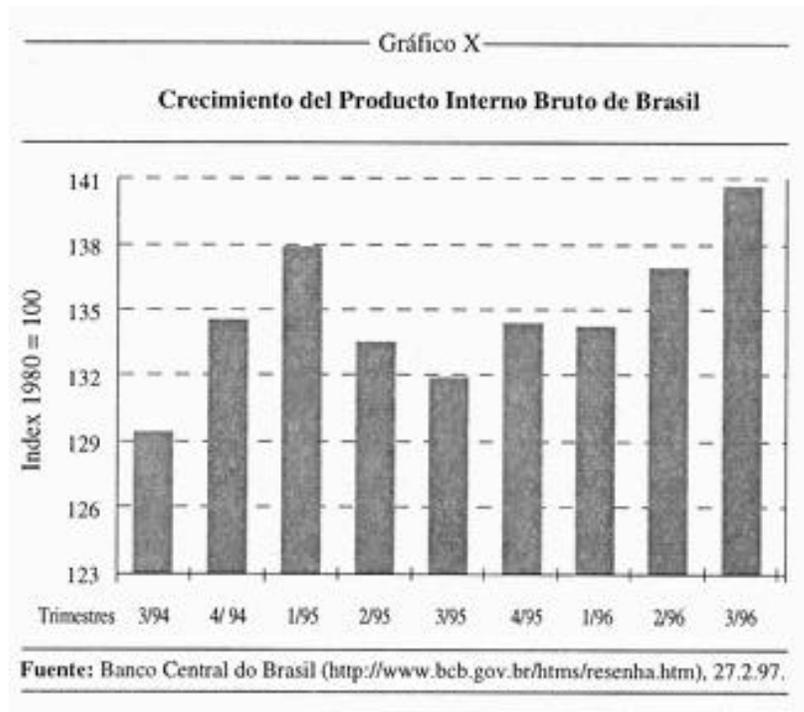
¹ Véase el informe sobre Brasil en *Lateinamerika Analysen und Berichte* Nº 20; para una discusión detallada del plan Real desde diferentes perspectivas, ver Calcagnotto/Fritz, 1996.

Sin embargo, la euforia por la rápida derrota de la inflación con un elevado crecimiento económico, que en la Argentina se mantuvo por varios años gracias al plan Cavallo, apenas duraría unos meses en Brasil. En vista de la crisis monetaria mexicana, ya para principios de 1995 el gobierno brasileño decidió seguir una política considerablemente más precavida: imponiendo intereses extremadamente altos frenó de hecho el crecimiento económico, pero a la vez disminuyó los riesgos que en la Argentina habían llevado a una profunda recesión con amenazas de una crisis de la balanza de pagos.

Igualmente a diferencia de su colega argentino, Carlos Menem, Cardoso no logró pasar sin obstáculos políticos la instrumentación de diversas reformas estructurales: hasta la fecha tanto partidos izquierdistas de oposición, como también políticos regionales conservadores-clientelistas y representantes de *lobbys* de la coalición gobernante, han bloqueado toda una serie de enmiendas constitucionales. Si en estos momentos en Argentina se pueden percibir –tarde, pero precisamente por eso más fuertemente– los costos económicos y sociales de la política de Menem, en Brasil hubo menos entusiasmo y euforia, pero ahora también menos malestar que en el país vecino.

Tomemos por ejemplo el crecimiento económico: desde 1993 está entre el 3% y el 4,5% al año. El Instituto de Investigación Económica IPEA ha calculado hasta ahora el crecimiento PIB para 1996 en 3,2%, después de que la oficina de estadísticas, IBGE, calculó definitivamente el crecimiento de 1995 en 4,42%. ¿Quién va a querer hablar entonces de recesión? Para eso hay que fijarse mejor, pues si en lugar del crecimiento anual se observan las tasas de trimestre en trimestre, el plan Real, que desde mediados de 1994 procura tasas de inflación extremadamente reducidas, se subdivide en tres etapas diferentes: una primera etapa con un crecimiento veloz de casi el 10%, que duró hasta marzo de 1995; una segunda fuertemente recesiva hasta principios de 1996; y enseguida una tercera etapa nuevamente expansiva. Además, se puede ver claramente que para finales de 1996 el producto interno de Brasil sólo estaba básicamente por encima de lo que se había alcanzado ya en la primera etapa del boom a comienzos del año anterior.

¿Por qué esa política de avance intermitente? El boom inicial del consumo condujo a una duplicación de las importaciones brasileñas en un tiempo mínimo, pues la estrategia de Cardoso para combatir la inflación se basó en una revalorización del real y una liberalización del comercio exterior. Pero la crisis mexicana desbarató los proyectos: cuando la moneda del «discípulo modelo», México, se derrumbó de la noche a la mañana, la *comunidad financiera* convirtió los excedentes de exportación en un requisito para su confianza, pues una balanza de bienes y servicios crónicamente deficitaria evocaba el peligro de la insolvencia de un país.



Fuente: Banco Central do Brasil (<http://www.bcb.gov.br/htms/resenha.htm>), 27.2.97.

De ese modo, el gobierno de Cardoso se vio obligado a dar media vuelta, dedicándose a partir de 1995 a una masiva política de altos intereses: durante seis meses las tasas reales se mantuvieron en el 35% anual, un medio infalible para obstruir el ciclo económico del mercado nacional y bajar así la demanda de productos de importación. De esa forma se redujo por lo menos la importación excedente de Brasil: de potencialmente por encima de 10.000 millones de dólares a 3.300 millones en el año 1995 y 5.500 millones en 1996.

Además, los encargados de la política económica han tratado de aprender de la debacle mexicana: el desacreditado *smart money*, las inversiones de portafolio que corren en pos de los intereses elevados de corto plazo y que también pueden retirarse ante cualquier signo de inseguridad, no son muy bien vistas y se gravan expresamente con impuestos ligeramente aumentados. Entretanto fluyen al país los créditos a largo plazo y las inversiones directas, de hecho en grandes volúmenes. Las inversiones directas subieron de 3.900 millones de dólares en 1995 a 9.400 millones en 1996 (cosa que el gobierno no se cansa de señalar con gran orgullo).

A mediados de 1996, el Banco Central de Brasil declaró que el peligro de la inflación estaba conjurado, y bajó los intereses progresivamente. Se eliminaron especialmente algunas restricciones para los créditos a los consumidores. Con

un aumento del 37% en el último trimestre de 1996, esos créditos habían respondido por la reactivación del ciclo económico que introdujo la tercera etapa del plan Real. Con ello se demuestra que el gobierno de Cardoso no siguió únicamente una política económica «tecnocrática»: sin duda alguna en la decisión de flexibilizar la política monetaria debe haber influido también el hecho de que una pequeña reanimación del mercado seguramente sería una ayuda en las elecciones municipales de octubre y noviembre, así como en el referéndum pendiente sobre la reelección del presidente.

Las «grandes reformas»

En todos los anuncios sobre sus éxitos, el gobierno admite con toda franqueza lo que también la gran mayoría de los observadores nacionales e internacionales describe como el inconveniente oculto del plan Real: las finanzas públicas no están bajo control. Según los datos del Banco Central y el Ministerio de Finanzas, con un 3,9% en - 1996 el* déficit presupuestario fue verdaderamente un poco inferior al del año anterior (1995: 4,8% del PIB). Pero eso todavía se considera demasiado alto, y por lo tanto, sin duda, una fuente de peligro de un regreso de la inflación. El Parlamento tiene la culpa, dice FHC, porque no ha aceptado ninguna de las propuestas de reforma del régimen fiscal, la seguridad social, el aparato estatal y las leyes laborales, presentadas por el gobierno. Para todas esas reformas se necesitan enmiendas constitucionales que según varios procedimientos de votación requieren un 60% de votos a favor.

Una vez asumida la presidencia, Cardoso logró hacer un par de jugadas maestras, especialmente la de la imposición de una disminución del monopolio estatal en áreas estratégicas como el sector de la energía, telecomunicaciones y el sistema de transporte en contra de la decidida oposición de los sindicatos. Pero desde entonces el gobierno avanza aferrándose aquí y allá a pequeños aumentos de los impuestos y el congelamiento de las inversiones públicas. Todo eso se decretó como *medidas provisórias*, que no necesitan la aprobación del Parlamento para entrar en vigor. «Política infrainstitucional» fue el ilustre nombre que le dio el gobierno a esa estrategia. Sin embargo, lo único original al respecto es la denominación; por todo lo demás se puede decir que, con ese estilo, Cardoso está dejando al Legislativo de lado en la tradición de todos los presidentes que desde el retorno a la democracia, a mediados de los años 80, usaron esa estrategia, que a su vez la heredaron de los militares, para salir de los apuros.

Sin embargo, sería incorrecto afirmar que hasta ahora no ha habido ninguna reforma del régimen fiscal, pues sí que hubo una «medida de reforma» a finales de 1995, más exactamente entre Navidad y Año Nuevo, cuando nadie estaba prestando mucha atención. La medida consistía, entre otras cosas, en una rebaja de los impuestos sobre los beneficios empresariales del 25% al 15% y del tipo impositivo máximo para ingresos personales del 35% al 25%. Según la

gastada justificación oficial de esta autodecretada condonación de impuestos de la elite, el objetivo era disminuir los incentivos para la evasión de impuestos. Pero sólo en impuestos personales sobre la renta eso le costó al Estado en el año 1996 nada menos que 2.800 millones de reales –o el 0,37% del PIB en ingresos fiscales.

Precisamente por eso se volvió más importante para el gobierno la privatización de las empresas del Estado: por un lado para llenar los pozos sin fondo de las finanzas públicas, y por otro para compensar la pérdida de la confianza debido a la deficitaria hacienda pública, a través del mayor ingreso de divisas posible. Pero para eso la mayor parte posible de las empresas tenía que pasar a manos de compradores extranjeros. Según todos los indicios, las privatizaciones, que en el año 1996 produjeron aproximadamente 3.900 millones de dólares, volverán a aumentar fuertemente en 1997, en particular a nivel de los estados federales hay una serie de proyectos de privatización en el lucrativo sector energético, a los que ya se están dando los últimos toques.

Vender las joyas de la familia para salir del paso con el dinero obtenido: esto no es precisamente un resplandeciente sendero al éxito. *Empurrar com a barriga* (empujar con la barriga) llamaron también a esa forma de ganar tiempo por parte del gobierno. Según la argumentación oficial, una vez que las grandes reformas estén encaminadas y las finanzas públicas en orden, un déficit creciente en la balanza de pagos no sería ningún gran problema. Pero entonces habría que frenar el crecimiento hasta que las reformas estructurales se hayan realizado y se haya eliminado permanentemente el déficit público.

Brasil como «centro de producción»

La revaluación de la moneda y la liberalización del comercio vinculadas al plan Real expusieron a las empresas locales a una competencia del mercado mundial mucho más reñida que antes. En este caso Brasil (es decir, el gobierno conjuntamente con el empresariado) está totalmente a tono con el espíritu de la época: todo gira en torno al «costo Brasil», es decir a los costos del «centro económico Brasil». Las similitudes, por ejemplo, con el debate sobre el «centro económico Alemania» no son casuales, sino totalmente deliberadas.

Hay toda una lista de lo que hay que reducir y quitar del paso: las faltas de claridad y eficacia del régimen fiscal, sobre todo una cantidad de regulaciones burocráticas; el monopolio del Estado; la insuficiente infraestructura del país (ejemplo favorito: los puertos, lentos y caros); y los excesivos costos salariales adicionales. El nivel promedio de los salarios brasileños está en el fondo de la escala internacional, pero según cálculos de los patronos todavía hay que añadir contribuciones salariales indirectas hasta por un 100%. Los sindicatos, que luchan contra potenciales reducciones, reciben un respaldo totalmente inusitado: el Banco Mundial (Keefer, p. 32) revisó las cuentas de los empresarios y llegó a la conclusión de que para llegar a esa suma habría que

contar hasta los fines de semana y días feriados como «no trabajo pagado»; sin embargo en este caso no podrían recortar prácticamente nada significativo hasta que se decida la reforma del seguro social y la reforma de las pensiones.

Pero hoy en día en Brasil el que intente poner en la picota el discurso dominante y la política correspondiente tildándolos de neoliberal se encontraría con el vacío (Fatheuer). Neoliberalismo es ahora un sucio término de combate que nadie quisiera ostentar sobre el pecho (y de ningún modo FHC y sus vasallos). Si le preguntan al principal interesado, del otrora teórico de la dependencia Fernando Henrique Cardoso no salió un activo neoliberal, sino un izquierdista, pero uno que reconoció que hoy en día el desarrollo no se podría lograr en contra del mercado mundial, sino únicamente con él. Así, globalización es la nueva palabra mágica, y tampoco la izquierda puede eludirla si no quiere quedarse «vuelta hacia atrás» (Cardoso).

Si a pesar de ello las «grandes reformas» (de los sectores de la salud, pensiones, administración y régimen fiscal) no avanzan con facilidad, se debe no sólo a «los izquierdistas vueltos hacia atrás», sino también a las coaliciones opositoras en el Parlamento, que reúnen gente de todos los partidos. Es verdad que para el PT (Partido de los Trabajadores) tampoco cabe la defensa del Estado actual, horadado como está por los intereses privados de la elite como un queso gruyere. Pero cada vez más se encuentra haciendo causa común con políticos regionales conservadores y *lobbistas*, en una asociación bizarra de obstaculizadores de la reforma: unos defienden sus intereses particulares y sus prebendas, y el PT intenta impedir la falsa reconstrucción del Estado social.

Un ejemplo es la reforma del seguro de pensiones. El gobierno utiliza los privilegios, en parte realmente desmedidos, de algunos grupitos como los parlamentarios y los militares, pero también los profesores universitarios, para movilizarse en general contra el sistema de seguro de pensiones. Pero el PT y la Central Unica de Trabajadores (CUT) no se oponen a los planes del gobierno solamente (como lo presentan por lo general los medios de comunicación) porque desean defender los intereses de sus clientes, los empleados públicos, sino más bien porque se despacharía también conjuntamente, por ejemplo, el derecho de los trabajadores del campo a recibir pensiones. Naturalmente que esos trabajadores nunca realizaron ningún pago a la caja de pensiones, ya que por lo general nunca firmaron un contrato de trabajo, pero hasta ahora en ciertas circunstancias pueden recibir un salario mínimo como pensión. En muchas regiones campesinas lo que una vez introdujeron los militares como un instrumento para la pacificación de interior del país se ha convertido en el único ingreso monetario en los años de crisis: y ahora lo quieren eliminar sin reemplazo.

Dimensión y riesgo residuales

En toda la controversia sobre los éxitos y peligros del plan Real, hay algo que no se discute: la política actual destruye el trabajo, en primer lugar en el sector industrial. Según los datos de la IBGE, de enero a noviembre de 1996 se eliminó en el país el 11,4% de los puestos de trabajo existentes. Con su 13,7%, la región de San Pablo está una vez más a la cabeza de los despidos. De esa forma, prosigue una tendencia devastadora que se perfila en forma de fases desde los años 80, pero sobre todo desde comienzo de los 90 (Singer). El único sector que se salva de la competencia internacional masiva y la eliminación de puestos de trabajo es el sector de servicios. La proporción de los que trabajan en ese sector aumentó entre 1992 y 1995 del 51,4% al 54,3%.

Entretanto, que la combinación tradicional de «recesión y desempleo» tiene que complementarse con el fenómeno del *jobless growth* es algo que no sólo el público de Europa occidental concientizó dolorosamente en los últimos años; en Brasil ese «crecimiento sin empleo» experimentó últimamente un énfasis especial que se discute bajo el nombre de «restruturação produtiva» y que apenas se capta parcialmente con el concepto de desindustrialización.

Hay ramas específicas obligadas a descubrir que por lo visto todavía existen salarios más bajos que los brasileños: las industrias textiles y del calzado, especialmente, son masivamente desplazadas por la competencia asiática, que además de más barata por lo visto produce en forma más moderna. Solamente en el año 1996 se perdió hasta un cuarto de los puestos de trabajo en esos ramos. Aunque eso también hay que verlo en términos relativos: muchas veces las empresas colocan partes de la producción en otros lados. Por ejemplo, en el sector textil despidieron a muchas antiguas costureras industriales, para contratarlas luego como trabajadoras «por cuenta propia» que siguen cosiendo en su casa para la misma empresa; se sobrentiende que sin seguro social, y en ciertas circunstancias por un pago menor. Quizá aún más que la reducción de puestos de trabajo, el fenómeno más extendido en el mercado de trabajo brasileño es la informalización de las relaciones laborales.

En otros sectores el caso es más complicado. Según una primera impresión, allí no se desplaza a ningún producto *made in Brazil*; pero sí toda la porción de productos primarios que se fabrican en Brasil. Hoy en día, quien quiera consolidarse como empresario tiene varias buenas razones para buscar sus proveedores en el exterior, y no el mercado brasileño, como se hacía hasta ahora. Ciertamente existe un adelanto tecnológico de la competencia internacional; pero eso se refuerza muchísimo además con la revaluación del real y las reducciones arancelarias, que abaratan los productos importados. Y todavía hay otra razón que muchas veces se pasa por alto: los créditos de los proveedores en moneda dura cuestan aproximadamente entre 5 y 10% real al año, mientras que un crédito similar en el mercado financiero brasileño implica por lo menos cuatro veces más, a pesar de las reducciones arancelarias

introducidas. El resultado es que en Brasil la intensidad de producción y la creación de riqueza decrecen, el empleo disminuye y la dependencia de las exportaciones aumenta estructuralmente.

Cuando el desempleo se vuelve una «dimensión residual» de la combinación de revaluación y política de intereses elevados, la deuda externa se convierte en un «riesgo residual». Los créditos extranjeros de las empresas brasileñas han aumentado velozmente desde 1995, pero sin que esas empresas inviertan en la producción para la exportación y de esa forma ganen divisas para el servicio de esas deudas. Para los productores la cuestión es más bien usar las inversiones para resistir la competencia en el mercado brasileño, que se ha vuelto sumamente fuerte. El Banco Central calcula que para 1997 solamente el servicio de la deuda internacional de Brasil va llegar a 19.000 millones de dólares; y no parece que en el futuro cercano las exportaciones brasileñas puedan ser suficientes para pagar esa deuda. Por lo tanto, el déficit de la balanza de bienes y servicios volverá a aumentar, de manera que el país no podrá prescindir de las medidas de privatización y de nuevos créditos. En este sentido se está formando una trampa peligrosa para la estrategia del gobierno, pues precisamente a través de esa evolución se podría volver indispensable una devaluación del real para incrementar las exportaciones. Pero al mismo tiempo una devaluación del real aumentaría directamente las deudas en dólares de las empresas (medidas en moneda nacional). Mientras más masivamente se endeuden las empresas brasileñas en el extranjero, mayor será en consecuencia su resistencia a la devaluación del real: sin importar cuan necesaria pueda llegar a ser a nivel económico-nacional.

Ingresos y mejoras

Cardoso ganó la campaña electoral contra el izquierdista PT hace tres años denunciando la inflación como el más injusto de todos los impuestos; y todavía se muestra orgulloso del efecto redistribuidor del plan Real: de 1993 a 1995 los salarios reales aumentaron un 30% –eso dice el espectacular resultado de la última encuesta publicada por la IBGE (9/1996). Según tales datos, en los seis mayores estados del país la proporción de familias que vive por debajo del límite de pobreza bajó del 34% en junio de 1994 al 27% en febrero de 1996.

Algunos alimentos básicos como arroz y frijoles se abarataron, y por supuesto que eso se siente más entre los sectores más pobres (por eso a la agricultura le va peor desde el plan Real... pero ese es otro tema). Además, más de uno o una pudo poner algo más en su bolsillo con los mal pagados trabajos informales del sector de servicios: por ejemplo, a los niños y adolescentes que trabajan cuidando automóviles no los amenaza ninguna competencia importada. También quienes conservaron su puesto en el sector industrial ganan tendencialmente más que antes. Y los que más sienten que el dinero ya no se les escapa entre los dedos como en los tiempos de la inflación son

aquellos que antes no podían protegerse con letras bancarias que devengaban altos intereses diariamente.

Sin embargo, la distribución de ingresos en el Brasil sigue siendo una de las más injustas del mundo. Con los grandes saltos en los salarios reales ya se alcanzó nuevamente el nivel de 1986. La participación de la décima parte más rica de la población en el patrimonio total brasileño se redujo únicamente del 49% en 1993 al 47%, y la décima parte más pobre de la población apenas pudo aumentar su participación del 0,7% al 1%, como lo admitió el mismo Cardoso. El Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socioeconómicos (DIEESE), ofreció otro argumento para explicar el fenómeno: esas ganancias de ingresos surgieron en la etapa inicial del plan Real, que ciertamente, como se recuerda, fue extremadamente expansiva; pero después de esa primera etapa, más o menos a finales de 1995, el DIEESE midió un nuevo desmejoramiento de la distribución de la renta (Prado).

Por otro lado, los asalariados no fueron de ninguna manera los únicos beneficiados, pues todo aquel que en Brasil tiene capital se ha vuelto más adinerado: las colocaciones de dinero aportan intereses reales extraordinariamente altos, y los dueños de inmuebles pudieron triplicar sus ingresos por alquileres desde la introducción del plan Real. Tampoco se puede seguir atribuyendo el evidente boom del consumo a una distribución más justa, sino al crédito al consumidor. La compra a crédito, que prácticamente había desaparecido con la inflación, hizo que personas de escasos ingresos pudieran hacer realidad el por tanto tiempo reprimido deseo de comprar, y abrió una segunda y significativa fuente de ganancias para el comercio: los intereses.

El Señor del futuro

Más que los problemas del crecimiento económico y la balanza de pagos, del desempleo y la distribución de la renta, la pregunta que agitó los ánimos brasileños en el último año fue otra: ¿lograría Cardoso, como se lo propuso desde que asumió la Presidencia, reunir los votos necesarios para una enmienda Constitucional e imponer el derecho a la reelección? En enero de 1997 lo logró.

Entonces se realizó la primera y decisiva votación; en febrero el presidente pudo conformar nuevamente su mayoría, porque una serie de quienes inicialmente dijeron «no» se apresuraron a pasarse volando al lado ganador. Y es que si el real permanece estable y no ocurre ningún derrumbe o algo por el estilo, por lo que se ve actualmente hasta el año 2002 al presidente brasileño se le va a llamar FHC. ¿Quién va a querer estar en contra del «señor del futuro», como lo llamó el semanario *Veja* (5/3/97)?

Pero además debe mencionarse a un segundo ganador, a saber: Antonio Carlos Magalhaes (casi siempre llamado lacónicamente ACM), jefe del

derechista Partido da Frente Liberal (PFL), que forma parte de la coalición. El PFL no sólo aumentó considerablemente su votación en las elecciones municipales de octubre y noviembre de 1996, sino que ACM es ahora presidente del Senado, un cargo de poder. Es quien puede disponer sobre la agenda: es decir, también sobre lo que no se debe tratar. Ganó la elección para presidente del Senado en forma soberana con 52 votos contra 28 (directamente a continuación del referéndum sobre la reelección del presidente), y algunos socialdemócratas del partido de Cardoso, el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) que soportaron la alianza con la derecha más bien rechinando los dientes, sintieron entonces que era necesario declarar otra vez en público su respaldo a ACM. Inmediatamente después de su elección, ACM dejó en claro sus intenciones frente a Cardoso: él se propone poner fin a las «antidemocráticas» *medidas provisórias*, las disposiciones provisionales gracias a las cuales el Ejecutivo puede gobernar dejando de lado al Parlamento. ACM quiere que en el futuro se le consulte primero.

Pero puede que eso no sea en absoluto la cuestión importante en la reelección. El presidente convirtió la reelección en una cuestión de supervivencia del real. Sin un segundo periodo, no podría llevar a la práctica los grandes proyectos de modernización que sin embargo serían imprescindibles para que el país dé el gran salto al futuro y se consolide la estabilidad. La palabra mágica sería «continuidad». Eso hasta podría ser cierto. Pero paradójicamente ese éxito significa también un peligro para el proyecto de estabilización a largo plazo. Y es que la pregunta es si Cardoso inicia de hecho las medidas necesarias, que en parte son sumamente impopulares y de ninguna manera encuentran una mayoría favorable en el Parlamento, o si a año y medio de la fecha de las elecciones comienza su campaña electoral. En opinión de algunos de sus correligionarios, en ese caso habría sido mejor que FHC no hubiera logrado la posibilidad de reelección y en cambio hubiera aprovechado intensivamente la segunda mitad de su periodo de gobierno.

Sin embargo, una cosa es segura: si el gobierno le hubiera dedicado la misma atención, la misma persistencia, si le hubiera dado la misma importancia que a la prórroga del poder a otras cuestiones, por ejemplo a la reforma agraria, entonces el movimiento de los sin tierra, Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), podría haberse disuelto tranquilamente. Sólo una cosa parece poder irritar todavía al presidente alabado y mimado por el éxito: cuando en el marco de una visita oficial a Italia le confirieron (como ya había ocurrido en Alemania, Francia y otros países) un doctorado *honoris causa*, esta vez de la Universidad de Bologna, se publicó por primera vez una carta de protesta firmada por 67 intelectuales italianos que le exigían a Cardoso una «verdadera reforma agraria». El presidente se indignó con sus anteriores colegas: «¡No tienen la menor idea de lo que están diciendo!».

Referencias

- Calganotto, Gilberto y Barbara Fritz (eds.): *Inflation und Stabilisierung in Brasilien. Probleme einer Gesellschaft im Wandel*, Vervuert, Frankfurt, 1996. Cardoso, Fernando Henrique: Entrevista en *Esquerda 21* (entrevistadores: Roberto Freire, Domingos Leonelli, José Genoíno), 1996, pp. 35-53.
- Fatheuer, Thomas: «Neosozialliberal? Brasilien sucht eine Antwort auf die 'Globalisierung'» en *Lateinamerika Nachrichten* N° 266/267, 1996, pp., 20-24. Keefer, Philip: «Brazil: The Custo Brasil since 1990-92» en *World Bank Report* N° 15663-BR., 1996.
- Prado, Antonio: «O efêmero distributivo do Real» en *Linha Direta*, 14-20/9/96, San Pablo.
- Singer, Paul: «São Paulo: Krise und Deindustrialisierung» en Karin Gabbert et al.: *Lateinamerika Analysen und Berichte* 20, Horlemann, Bad Honnef, 1996, pp. 117-138.